

EDITORIAL

La antropología no puede se ajena a los dramáticos cambios con los que el mundo recibe al nuevo milenio; ciertamente esa parte de la realidad histórica y cultural que estudia nuestra ciencia, en sus expresiones generales y particulares, manifiesta un intenso proceso de transformación que convierte en obsoletos conceptos y teorías tenidos como logros fundamentales. El sentido mismo de la práctica profesional y de la investigación antropológica resiente y es conmovida por esos mismos cambios que asombrosamente registra.

Así, por ejemplo, el modelo de nación a cuya meta aspiraba la humanidad desde hace más de un siglo, impulsado con ferviente entusiasmo por los regímenes liberales de nuestra América; definido con rigor cientifista y sostenido como ley universal por la ortodoxia marxista; ese modelo, pues, reproducido por nuestros científicos de izquierda y de derecha, a contrapelo de una realidad pluricultural y multilingüe, está en crisis, y no precisamente por alguna concepción teórica nueva, sino por la impugnación de los hechos mismos, que aquí y allá anuncian cambios profundos que no dejan de desconcertarnos; y todo parece indicar que esto es sólo el anuncio de cambios mayores.

Por un lado la inesperada transformación que viven los países de la Europa oriental, con el resurgimiento de movimientos impulsados por minorías étnicas partidas por fronteras nacionales o bien sin los espacios políticos para sus especificidades culturales; por el otro el avance económico y político que muestra la Comunidad Económica Europea con la supresión de los controles aduanales entre sus integrantes y la tendencia a establecer un sistema monetario común, que implica un creciente poderío económico de una magnitud nueva; y, por otra parte más, la unificación alemana, plantean numerosas cuestiones a la imaginación científica y política, y no cabe duda, significan el surgimiento de nuevas formas de cultura.

Pero el movimiento no es exclusivamente europeo. Encontramos también una presencia mundial de la cuenca del Pacífico, con el Japón en uno de sus polos y la articulación de los continentes y los países que la bordean, en el otro; lo que preludia un desarrollo enorme de consecuencias apenas avizoradas.

Nuestra América también se conmueve con la fuerza tectónica de sus pueblos y los estados nacionales dejan ver las fisuras de un autoritarismo atávico que busca recursos de supervivencia en la política conservadora de los Estados Unidos. Lo más notable es, junto con los efectos políticos y culturales de las revoluciones cubana y sandinista, el renacimiento de los pueblos indios y la impugnación que hacen de un proyecto nacional que hasta nuestros días difícilmente pueden eludir la acusación de etnocida. A tal proyecto reaccionan imaginativamente y con firme determinación los pueblos quechua y aymara en Bolivia y Perú, los que con la recuperación de antiguos dirigentes anti-coloniales impugnan por la base las historias nacionales de arraigado y vital criollismo, historias a las que los pueblos amerindios y afroamericanos han sido ajenos.

Y ya en el espacio cultural mesoamericano y centroamericano podemos también reconocer las fuerzas que pugnan por transformar nuestra subdesarrollada realidad. Aquí aparece nuevamente la nación como sujeto de controversia política y teórica. En el caso de Guatemala, país donde la mayor parte de la población está conformada por pueblos mayenses, la cuestión étnico-nacional es plantada lo mismo por las organizaciones político-militares, que desde hace casi veinte años luchan por construir la nación donde la diversidad étnica tenga su reconocimiento cabal, que por otras organización políticas y sociales comprometidas en la búsqueda de alternativas democráticas.

Una situación semejante es la que vive El Salvador, donde la cuestión étnico-nacional no se plantea directamente, puesto que oficialmente no hay ya indios; sin embargo se implica en las dos alternativas en pugna: la dominante, de filiación criolla y ligada a la estrategia norteamericana que no reconoce mayores objetivos que la del subdesarrollo, y la de la oposición, que tiene como base social una población de campesinos y trabajadores en los que el componente étnico mesoamericano es fundamental para su identidad.

Una solución que se presenta para discusión y diversas reflexiones es la encontrada en el régimen sandinista de Nicaragua, donde luego de una situación extremadamente conflictiva, que

amenazaba a todo el proceso político revolucionario, se abre un proceso democrático que habría de conducir a la elaboración de un proyecto que, finalmente, culminaría en un Estatuto de Autonomía para los pueblos de la Costa Atlántica, que sería incorporado a la Constitución y con ello se señalaría un momento histórico decisivo no sólo para la nación nicaragüense, sino para todos los movimientos de raíz étnica que aparecen en el continente.

En fin, la rica y efervescente situación de los pueblos con reivindicaciones étnico-nacionales de México y Centroamérica fue planteada desde perspectivas teóricas y políticas diversas en el II Coloquio Paul Kirchhoff, organizado por el Instituto de Investigaciones Antropológicas del 13 al 19 de noviembre de 1989; en él se obtuvo un excelente panorama de la cuestión étnico-nacional, por cierto escasamente considerada por los analistas sociales y politólogos especialistas en la región. Sin embargo, el proceso avanza y la realización del propio coloquio podría remitirse a referentes políticos bastantes significativos, tales como la fecha en que se inicia el movimiento armado en Guatemala, el 13 de noviembre de 1960, o la coincidencia con la ofensiva del Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN) en el Salvador, el domingo 12 de noviembre, que llevaría a la desesperada reacción represiva con la que es allanada la Universidad Centroamericana, asesinando a seis jesuitas y dos trabajadoras. El ciclo convulsionado de este año de 1989 habría de cerrarse con la acción criminal desplegada por el ejército estadounidense al invadir Panamá y someter al pueblo a un periodo de ocupación indefinida.

Evidentemente el proceso de construcción nacional en América Latina, en el marco de las transformaciones mundiales y frente a la estrategia imperial norteamericana, que define su espacio vital abarcando todo el continente, pero con un cerco militar de armas nucleares en el hemisferio norte y cuya línea de demarcación es el Canal de Panamá, todo ello, pues, nos afecta de múltiples maneras y nos sitúa frente a tareas que nos incumben en tanto antropólogos y en tanto latinoamericanos, ¿seremos capaces de enfrentar el reto histórico? De una u otra forma los acontecimientos transformarán radicalmente nuestra práctica profesional, lo asumamos o no.

Andrés Medina